

De la utopía a la construcción de futuros
EDUARDO A. BOHÓRQUEZ
Para AFB, con gratitud

1. Utopos

Ante todo, el lugar que aparece falsificando mapas. La lectura de Moro que recobra la exquisita paradoja de la República platónica: "Mi República existe sólo en nuestra mente, puesto que no esta en parte alguna de la Tierra, por lo menos como yo la imagino". Luego Utopos asume la sabiduría de la organización social, la cornucopia satisfactoria, el paraíso en dimensiones probables: una isla de treinta kilómetros de largo por tres de ancho¹. También el origen y el destino último: de ella nos arrancó el pecado —dicta la tradición judeocristiana— pero a ella nos conducirá la congruencia de nuestros actos.

Utopía es la nomenclatura del islote imaginario, que rebasa el edén popular al que sólo acceden quienes de la amarga pobreza han extraído toda su experiencia—Cucaña, Cocagne, Cokaigne²—, para reencontrarse con la imagen del Estado ideal basado en la justicia. Tomando distancia del Scharaffenland, del país de Jauja alemán, Utopía es la posibilidad de representar la historia del paraíso en nuestros propios escenarios. Utopía es el relato de los viajeros que han recorrido El Dorado, Cristianópolis, la Ciudad de Dios o la del Sol, la Nueva Atlántida, Walden o la Insula Barataria del Quijote, para después imaginar sociedades como éstas, para tratar de fundarlas.

Pero utopía también es el esfuerzo fallido por cimentar comunidades distintas, por extender ya sea el falansterio o el comunismo. Es la sucesión de experiencias sustentadas en valores ideales: la Oneida neoyorquina de John Humphrey Noyes; Walden Dos de B.F. Skinner; Filadelfia, la ciudad del amor fraterno; y tal vez, sólo tal vez, la conquista del llamado Nuevo Mundo. De aquí que ser un lugar inexistente no siempre sea un problema etimológico. Resume Tomás Moro, emulando a Platón: "Ante esta República u tópica debemos conformarnos con soñar, porque es inútil toda esperanza".

2. Futuros

Dice la Británica de la futurología: "En las Ciencias Sociales, es el estudio de las tendencias actuales con la intención de predecir desarrollos futuros". Por ninguna parte encontramos la carta astrológica, el cáñamo chino o las setas poco habituales. Tampoco el abyecto personaje de la novela de Schiller, un visionario que descubra conspiraciones espirituales o aconseje príncipes venecianos. Por el contrario, se extiende la presencia de los Bell, Toffler, Meadows o la Corporación Rand; se amplía el campo originado en la predicción tecnológica de Theodore Von Kármán en *Hacia Nuevos Horizontes* en 1947.

Se trata de un área tan de nuestro fin de siglo que a veces olvida la tradición ensayística y literaria de H. G. Wells; la propuesta crítica disfrazada de ciencia ficción de Orwell; el agudo sentido prospectivo de Jules Verne. Todos ejemplos claros de la especulación y la descripción del futuro, de la "necesidad de eliminar la incertidumbre y la ignorancia o el desconocimiento"³, con frecuencia mediante rutas que la pureza científica tiene que

rechazar, pero que el hombre común rescata como parte de su percepción del mañana, más próxima a La Guerra de las Galaxias o Buck Rogers que a la teoría de sistemas y los modelos a escala de las tendencias energéticas.

Y al mismo tiempo, el futuro es algo que, como ha dicho recientemente Erwin Laszlo ⁴, no se puede estudiar; no es algo que pueda estar ahí y ser estudiado. Es más bien parte de una actitud cognoscitiva, de una posición analítica frente al espectro temporal. Se trata de dibujar coordenadas que se adelanten, aunque fuese por horas, al presente. Imaginar, prever, confirmar, y luego nuevamente al principio del ciclo, imaginar, prever, confirmar.

Es por eso que los primeros esfuerzos futuro lógicos dentro de la Corporación Rand, con Herman Kahn a la cabeza, iniciaron con la llamada técnica de escenarios, al analizar la relación entre el desarrollo armamentista y la estrategia militar. Tal vez por esa misma razón, Kahn examinó las consecuencias potenciales de un conflicto nuclear⁵ y no lanzó un decálogo de imágenes premonitorias sobre el futuro bélico de la humanidad. Y lo que podría ser aún más delicado: ¿cuál habría sido la probabilidad de un enfrentamiento nuclear de no haberse imaginado, Kahn o los expertos en el Pentágono o la central de inteligencia de su preferencia, las consecuencias potenciales de dicho conflicto?

El hecho es que la previsión (como parte de las aproximaciones científicas a los futuros) tomó cada vez más forma. Se agregó la base teórica de Olaf Helmer, el matemático de la Corporación Rand, para el uso de la opinión experta en la predicción. En el comienzo de la década sesenta, Bertrand de Jouvenel publicó *El Arte de la Conjetura*, en el que definía los rangos filosófico-sistémicos para la futurología. Y, a partir de entonces, se hicieron más frecuentes dos experiencias: primero, la formación de comisiones de estudio para anticipar los patrones a futuro, diseñar estrategias y programas alternativos; segundo, la presencia de las críticas a los estudios prospectivos, apoyada en las limitaciones de los modelos⁶, la subjetividad de los mismos, la naturaleza interpretativa de la disciplina y las proyecciones formuladas con base en los principios anteriores.

3. Construir futuros

¿Quién podría rechazar en la dimensión temporal un elemento clave de cualquier tipo de análisis social? ¿Quién reduciría la importancia de la revisión sistemática de la historia o de su versión escrita, la historiografía? ¿No son acaso los politólogos especialistas en discernir los eventos políticos en la proximidad de su aparición, es decir, durante la inmediatez del presente recién superado? ¿Y para qué escoger el futuro, por qué arriesgarse a la especulación si podemos navegar con el nimbo de la experiencia, mediante distancias prudentemente objetivas, si conocemos las dificultades para diagnosticar el desempeño y la eficiencia de un vehículo mientras éste se encuentra en movimiento?

Probablemente, porque las ciencias sociales demandan interpretaciones que anticipen al evento mismo, las consecuencias de los actos y las opciones que tenemos. Porque no basta con imaginar un mundo distinto, absorto en el hedonismo y la satisfacción plena; con esbozar una utopía que tiene el dudoso privilegio de aparecer incansablemente como parte de la contracultura y bien lejos de su pretensión globalizante. Porque ante la aparición cada

vez menos frecuente de estas utopías colectivas⁷, se hace imperiosa la construcción de futuros, ejercicio de carácter viable, mucho más complejo que la posibilidad de establecer un "lugar que no existe" o que garantizar que el futuro se hará presente.

Construir futuros es robarle espacio a la fatalidad del destino, reconocer al azar y al caos como componentes de nuestras planificaciones más ambiciosas, evaluar y escoger caminos. Es el producto de la anticipación, del diagnóstico falible pero necesario, de la urgencia por las decisiones oportunas: sugerir rutas de acción posibles, brechas utilizables.

Y aunque desde el punto de vista de la formulación de cursos de acción política⁸, la construcción de futuros depende de la organización de oficinas especializadas para encarar crisis, de equipos de análisis sistémico o de unidades de asesoría especializadas en relaciones agrícolas, hay un principio que la hace particularmente singular: enfrentar el futuro puede ser un acto cotidiano, tan próximo a conducir un automóvil con precaución como a reconocer que cinco mil quinientos millones de habitantes en el mundo no es una cifra halagadora para la población del próximo milenio.

Como consecuencia de su carácter habitual, suponer la gestación de un cambio en nuestras actitudes respecto a lo que podría ocurrir en los próximos años, ese tipo de revolución copernicana a la que se referían Meadows y su equipo⁹, resulta no sólo altamente recomendable, sino factible. Podríamos asumir que con o sin utopía, no dejará de haber futuros y que tenemos que procurar respuestas viables ante ellos. Tal vez no encontremos una versión insular para nuestros sueños, pero podríamos conseguir que nuestra tierra firme fuese un territorio habitable y razonablemente justo.

1 Esta es la dimensión que Tomás Moro sugería como parte de la descripción de Utopía.

2 Algunos autores plantean que el pueblo oprimido creía en la existencia de un lugar más o menos imaginario y actual donde se desconocía el sufrimiento y en el que los placeres se hallaban al alcance de la mano. En España se denominó Cucaña, en Francia, Cocagne, y en Gran Bretaña, Cokaigne. (Véase Biblioteca Salvat Grandes Temas número 37, "Las utopías"). Resulta notable la correspondencia lingüística entre el nombre de estos sitios repletos de placeres y la extendidísima droga.

3 De esta forma se expresa Samuel Schmidt sobre la idea general del futuro en su introducción al texto de Yehezkel Dror, Enfrentando el Futuro, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

4 Durante su participación en el Primer Congreso Mexicano de Prospectiva, celebrado en septiembre de 1994.

5 Kahn aplicó la técnica de los escenarios en su libro Sobre la Guerra Termonuclear publicado en 1960.

6 No debe obviarse que el uso de modelos que funcionaban por medio de ordenadores se difundió ampliamente durante 1972 con la aparición del informe al Club de Roma, *Los Límites del Crecimiento*, mismo que advertía la necesidad de establecer una "revolución copernicana en la mente", al reevaluar la creencia en el crecimiento infinito. Este libro puede ser consultado en castellano en una edición del Fondo de Cultura Económica.

7 Desde el punto de vista filosófico esto se ha relacionado con el profundo individualismo de las sociedades apodadas posmodernas, donde garantizar el proyecto individual, aun en contextos aparentemente solidarios, es el leit motiv del ser. Existe una amplia bibliografía al respecto.

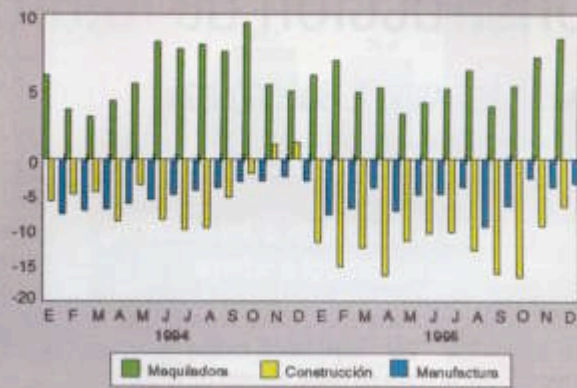
8 Esta es una versión en castellano de mayor precisión para policy making. Véase Schmidt, *op. cit.*

9 Véase la cita número 6, donde se hace referencia expresa al asunto.

Empleo – Variación anual

EMPLEO - Variación anual

Escenario I



Escenario II

